

Con la cabeza alta, por temor de que una actitud aterrada la denunciase á los ojos de los que pudieran verla, Celina lloraba silenciosamente. Las lágrimas corrían gota á gota por su pálido rostro, trazando un surco brillante en la comisura de los labios, y caían, pesadas, en el pañuelo que la joven apretaba en su mano. Valentín esperaba una palabra de protesta, un grito, una injuria, una súplica; pero ella se calló obstinadamente como si quisiera tener por nulo y no dicho cuanto había oído. Valentín perdió la paciencia y tocando ligeramente con el dedo á la joven en un hombro, preguntó :

— Vamos á ver, Celina, ¿qué tiene usted que responderme?

Celina siguió callada, llorando y con el pecho agitado por los sollozos, no queriendo rebajarse á reconocer que había allí un hombre que acababa de injuriarla. Valentín dijo exasperado :

— No me impulse usted hasta un extremo. Respóndame, aunque sea para decirme no.

La joven no le miró siquiera; muda y llorosa, pasó lentamente por delante de él y se alejó, dejándole petrificado por aquel desdén y vencido por aquel silencio.

## VI

Á consecuencia de estos incidentes, resultó muy claro que la expedición campestre de los señores de Coutras á la Chapelle-Sauvigny no sería ya muy duradera. Los señores de Clement volvieron á París y el conde cesó completamente de ir al campo. Valentín se instaló en su casa como soltero, con un solo ayuda de cámara. Comía en el club y se limitaba á pedir todas las mañanas noticias por teléfono á casa de su madre. Enriqueta y la señora Mossler retuvieron aún por una semana á Redel, á Vignot y á Ferraud y después se encontraron solas. No les disgustaba esto, pues sabían ocupar bien su tiempo y no conocían el aburrimiento. Pero la señora Mossler, inquieta por lo que haría Valentín, propuso á su nuera el regreso á París, á fin de octubre. La condesa no tenía ninguna razón para permanecer allí, puesto que

no iba al campo por moda ni por economía. El argumento de que París está desierto en octubre no tenía valor alguno para ella, y volvió á la avenida de Friedland con toda su servidumbre, lo que puso fin á la deliciosa independencia del conde.

Hacia un mes que Valentín había olvidado por completo que existía su mujer, pero no que existieran las de los demás. En materia de sentimiento, aquel caballero esencialmente positivista, practicaba el sistema del *similia similibus* y siempre se había curado de una decepción amorosa con una nueva aventura, con lo que le había ido perfectamente. Hasta entonces había vivido con la convicción de que una mujer vale tanto como otra y de que, bien mirado, con un poco de imaginación, se consigue cómodamente olvidar á una infiel en ocho días, al lado de otra bella de mejor voluntad.

Esta homeopatía del amor fué enérgicamente practicada por él desde su regreso á París, y para curarse de Celina se puso á punto de envenenarse con una encantadora peruana, la señora Semaraes, que pagaba la buena acogida que le había dispensado el mundo parisiense repartiendo reflexivamente algunos favores. Valentín, que era de los que podían ser útiles á la amable extranjera, fué acogido con distinción. Imposible encontrar más linda morena que Rosita Semaraes, por lo que Valentín creyó, por veinticuatro horas, que había

contraído, no una fiebre ligera, sino un fuerte delirio. Pero, repentinamente, consideró á la peruana como la *grippe* y se declaró á sí mismo que era imposible ocuparse por más tiempo de aquel brillante y estúpido papagayo.

Aquel día, justamente, había encontrado á la mujer de Federico, que pasaba en coche por los Campos Elíseos. Se fué á comer al club, triste como jamás lo estuvo desde que nació, y no dijo esta boca es mía durante la comida. La facundia de Fleurichamp, un bolsista de alegría inagotable, no logró arrancarle una sonrisa. Embutido en uno de los anchos sillones del salón, fumó un cigarro, y, como la partida de juego no empezaba hasta los once, se fué á hacer tiempo á los Bufos, donde se hacía una obra divertida salpiconada de mujeres desnudas. Encontró la pieza insípida, la música nula y las cómicas absolutamente repugnantes. Á las doce volvió al círculo, se puso á tallar sin dar á nadie las buenas noches, á pesar de que estaba rodeado de amigos, sacó en veinticinco minutos ochenta mil francos á los puntos petrificados y echando las fichas en el sombrero, se levantó sin decir palabra, después de haber causado aquel desastre.

Por la mañana se despertó con la cabeza mortificada por una jaqueca furiosa y, poco acostumbrado á sufrir, se sentó al lado del balcón, lángui-

do y disgustado. Su ayuda de cámara James, que tenía toda su confianza y le servía de un modo muy agradable, se aventuró á preguntar si el señor conde se sentía indispuerto y si quería desayunarse, y Valentín se proporciónó el alivio de llenarle de injurias y de amenazarle con toda clase de violencias si no le dejaba en paz. El criado desapareció y un cuarto de hora después el conde le llamó con furia para preguntarle si estaba loco al no traerle con qué vestirse para salir. James, impasible, enseñó á su señor siete trajes seguidos sin conseguir que eligiese uno ; por fin el octavo obtuvo su aprobación y, á eso de la una, Valentín descendía los Campos Eliseos con el estómago vacío, las piernas débiles, la cabeza embrollada y á pie. Se detuvo en casa de *Maxim's*, pidió un pedazo de pollo y una taza de té, y reanimado por aquel refrigerio, se dirigió inconscientemente hacia la casa de los señores de Clement.

Advirtió que había llegado antes de darse cuenta de la dirección en que andaba, entró y preguntó si la señora estaba en casa y recibía. El criado se alejó. Valentín esperaba que le cerrarian la puerta, pero con gran sorpresa suya, fué introducido en el salón. Reinaba allí una semioscuridad reposada y Valentín se conmovió ante aquella tranquilidad y aquella penumbra. Le pareció que todo aquello era el medio que convenía á la delicada y encan-

tadora Celina y se apoderó de él una especie de tierno respeto que jamás había sentido por ninguna mujer. Sintió, á poco, el ruido de frescas risas y unas voces infantiles; la puerta se abrió y apareció la señora de Clement, con su hijo y su hija.

Los tres formaban un grupo de inocencia y de honradez que parecía indisoluble. ¿ Cómo separar aquella madre de aquellos hijos? ¿ Quién sería bastante audaz para cogerla en medio de ellos? Allí, en aquel terreno de familia y teniendo por aliados aquellos ángeles de dulce cara y blonda cabellera, Celina tenía que ser invencible. Este pensamiento cruzó por la mente de Valentín como un relámpago. Comprendió que si le había recibido, lo había hecho para mostrarse á él en toda su fuerza y hacerle comprender que prefería á toda pasión, por ardiente que fuera, la ternura de sus hijos. Así se lo expresó tan claramente con su sonrisa triunfante mientras avanzaba hacia él, que Valentín palideció de dolor. Con mucha calma Celina le ofreció la mano, por vez primera desde el día fatal, y dijo indicándole un asiento :

— Iba á salir, pero no he querido perder tan buena ocasión de tener noticias de Enriqueta y de la señora Mossler. ¿ Las ha dejado usted buenas?

— Me han dicho ellas mismas esta mañana, por teléfono, que todo iba bien en la Chapelle-

Sauvigny. Todo lo bien, al menos, que puede ir una casa en la que usted no está.

Celina sonrió con melancolía.

— ¡ Oh ! Yo no era una huéspeda muy alegre... y estos queridos pequeños me llamaban á París. Habían vuelto de casa de su abuelo y se aburrían sin mí.

La niña, una rubilla de tres años, estaba abrazada á su madre y con sus grandes ojos azules miraba atentamente á Valentín. Éste le tendió la mano y con aquella voz á la que sabía dar, cuando le convenía, tan acariciadoras inflexiones, dijo :

— ¿ Quieres venir á darme un beso, bonita ?

La niña hizo un movimiento para ir, pero la contuvo una presión casi invisible de las manos de su madre. Al mismo tiempo respondió Celina :

— Es muy huraña... No se deja acariciar más que por su mamá y su papá... ¿ Verdad, Ninette ?

La niña rodeó con sus bracitos el cuello de su madre y, cambiadas sus ideas por aquella afirmación que le agradaba, miró á Valentín desde su sitio con un aire de burlón desafío.

— Veo que es muy obediente, dijo el conde, no sin amargura. Ama á usted tiernamente, como usted merece ser amada...

Celina no pareció notar el doble sentido de la frase, pero respondió sin embargo :

— Por eso procura no disgustarme. No se prueba

el cariño más que evitando toda pena á los que se ama...

Valentín suspiró y dijo con voz ahogada :

— Aquí, en este cuadro de vida íntima es preciso ver á usted para apreciarla. Los que no conocen en usted más que la elegancia y la gracia que muestra en sociedad, no saben todo el encanto que hay en usted...

Celina enrojeció á estas palabras, que no disfrazaban los sentimientos de Valentín, y se sintió mal para oírlas en medio de sus hijos.

— Pero, ahora que me ocurre, interrumpió, mi marido debe estar todavía en casa y sentiría, seguramente, no ver á usted.

La joven tocó con la mano en el hombro á su hijo.

— Daniel, mira si está tu padre en su cuarto y dile que hay en el salón una persona que le gustará mucho ver.

El niño salió corriendo. Hubo un silencio que interrumpió el conde diciendo casi en voz baja, como á sí mismo :

— ¿ El obstáculo no era suficiente ? ¿ Hacía falta otro ?

La joven no pareció haber oído. Era evidente que estaba dispuesta á no hacerse cargo de lo que hubiera de alarmante ó de escabroso en las frases del conde. Éste hizo un ademán de despecho y dijo :

— Pero ¿qué importa, cuando se está decidido á vencerlo todo?

Aquello era una renovación de la declaración de guerra, á la que ella respondió por una mirada de cólera. ¡Cómo!; En su casa osaba amenazarla todavía!; Cuando había tenido el cuidado de enseñarle cuanto podía hacerle comprender la locura de su tentativa, persistía en ella! Se inclinó hacia su hija y sumergiendo sus labios en el oro pálido de aquella cabecita, preguntó:

— ¿Qué se hace con los niños desobedientes, Ninette?

— Se les castiga.

— ¿Y si no se enmiendan?

— Se les deja sin postre.

— ¿Y si eso no basta?

— Entonces se les mete en un colegio, como dijiste un día á Daniel, para que no vean más á su mamita.

— Sí, dijo Celina, eso es; obedecer ó salir de la casa.

Y miró tan altivamente á Valentín al formular esta sentencia, que el conde no pudo dudar de que aquella era la respuesta á su desafío. Pero le faltó tiempo para responder, porque Federico Clement entró con su hijo. El conde se levantó para ir al encuentro del banquero y puso cuidado en indicar que ya se marchaba, porque

la presencia del marido le pareció insoportable.

— Dispéñeme usted que le haya distraído un momento de sus negocios, pero no he querido marcharme sin estrecharle la mano.

— ¿Tan de prisa está usted?

— Ya sabe usted que no hay gente más ocupada que los ociosos...

Al hablar estaba examinando á Federico y pensaba: Es imposible que ella ame á este áspero y deslucido puritano. ¿Cómo ha de gustarle este experto en contabilidad que no piensa más que en sus liquidaciones? Vendrá un momento en que la volveré á coger á pesar de su resistencia, y quedará definitivamente conquistada. De este modo toda la impresión favorable del aparato escénico dispuesto por Celina, se borró en Valentín, que sacó de aquella visita resoluciones más osadas que nunca. La mujer de Federico lo sospechó porque su semblante se puso sombrío y sus facciones delicadas tomaron una expresión de sufrimiento. Suspiró y cogiendo á su hija, como para sustraerla al contacto del conde, hizo un ademán de despedida.

— Ahora que dejo á usted con mi marido, me voy, porque es la hora de llevar á paseo á mis hijos.

Valentín se inclinó sin responder y siguió con los ojos la encantadora silueta de Celina que se

alejaba arreglando su paso al de la niña. La puerta se abrió y la joven madre desapareció en la penumbra de la pieza vecina.

— ¿Va usted esta noche á la Chapelle-Sauvigny? preguntó Federico por decir algo, porque se encontraba siempre violento delante del conde con el cual no tenía ni una idea común.

— No por cierto, respondió Valentín. Las noches son interminables en el campo. Después de haber jugado una docena de partidas de *piquet* ó de *whist* con la señora Mossler, ve uno con angustia que no son más que las diez. Las señoras se acuestan y se queda uno solo, en compañía de un cigarro. Es para morir.

— Y después, el círculo le retiene á usted.

— ¡ Oh ! no. Me aburro allí y, fuera de las horas de comer, no voy casi nunca.

— Se dice, sin embargo, que talla usted bancas extraordinarias...

— ¡ Bah ! historias antiguas... ¡ Eso se acabó !

— ¡ Mejor ! porque esas antiguas historias afligían á sus buenos amigos. Una persona del nombre y de la valía de usted tiene cosas mejores que hacer que manejar las cartas para ganar ó perder sumas que no pueden hacerle más pobre ni más rico.

La frente del conde se contrajo, pero hizo un esfuerzo y consiguió desarrugar el entrecejo.

— ¡ Ah ! Tiene usted mucha razón... En adelante no quiero vivir más que para las satisfacciones intelectuales y morales... Los goces del alma y del corazón, esto es lo que yo quiero... Iré á los sermones y no me ocuparé más que de una mujer...

— ¿ La de usted ?

— Si es posible. Hasta la vista, querido. Anuncie usted estos buenos propósitos al señor Eliphás. Si los cree, le complacerán...

— ¿ Y por qué no ha de creerlos ?

— ¡ Ah ! Es muy escéptico en lo que á mí se refiere.

— Pero desea mucho cambiar de opinión.

— Adiós, adiós, dijo Valentín alejándose. La virtuosa atmósfera de esta casa obra sobre mí. Siento que me mejoro á marchas forzadas... Un poco más y será ya demasiado...

Se echó á reír y, abriendo la puerta, bajó lentamente la escalera diciéndose: Tienes, amigo, un aspecto de pastor echando sermones que me fastidia hasta lo imposible. Tu mujer me indemnizará.

Se hizo asiduo concurrente á los sábados de la condesa, que abrió de nuevo su salón á los amigos en cuanto llegó á París. Allí encontraba á Celina, que no podía dejar bruscamente de ir á casa de Enriqueta, pero Valentín no la hablaba más que lo preciso para no parecer impolítico. La señora Mossler, que seguía con la vista á Valentín, se

dejó engañar por esas apariencias y creyó firmemente que el capricho del conde había pasado, de lo que se mostró satisfecha.

Valentín, siempre fiel á su sistema homeopático, trataba de ocupar su fastidio con distracciones amorosas. Un día en que se paseaba por el *boulevard*, encontró en la esquina de la calle de *Lepelletier* una muchachilla de belleza sorprendente que iba trotando sobre unas botas muy viejas y con una caja de cartón al brazo, y la siguió por curiosidad, pues era una criatura que apenas tendría diez y seis años y con la más adorable cara de madona que pudiera soñar un pintor. La obrera le condujo á la calle de Ramey, en Montmartre, ante una sucia casa de seis pisos, decrepita y leprosa, en cuya fachada unos tubos de plomo escupían las aguas fétidas de las cocinas. La muchacha se metió, con listo meneo de faldas, por una puerta y se perdió en el oscuro corredor, mientras Valentín, mirando hacia arriba y con los pies en el barro, buscaba en vano el piso en que podía vivir la encantadora obrera.

No se paró á observar, pues disponía de un medio de investigación de infalible seguridad. Tomó nota, en una de sus tarjetas, del nombre de la calle y del número de la casa y con el bastón debajo del brazo se volvió al centro de París. Por la noche, en el círculo, antes de empezar el juego, se hablaba

de mujeres en un pequeño grupo de amigos y el rechoncho Bachelet, para quien no existía el placer como no costase de doscientos pesos en adelante, estaba tratando con calor la importante cuestión de los bajos refinados y lujosos, cuando de repente Valentín, que había escuchado la conversación distraídamente, interrumpió á su amigo y dijo :

— En resumen, toda esa argumentación consiste en declarar que una fruta pasada, envuelta en encajes, es preferible á una fruta en sazón envuelta en un simple papel. Pues bien, se equivoca usted. La fruta vale por sí misma ; la envoltura no se come. Vea usted, hoy he encontrado una modistilla que llevaba unos veinte céntimos de vestidos en el cuerpo, unas chanclas en los pies que hacían llorar y una toca de perro sabio en la cabeza. Pues la chiquilla era encantadora. Pueden ustedes poner á su lado todas las Bertas de Fontenoy y todas las Andreas de Taillebourg, y verán lo que resultan.

— ¡ Oh ! Nuestro noble amigo cae en el amor canallesco.

— No caigo tal. Os traduzco una sensación que he experimentado, y es, que la belleza lo es por sí sola, sin ninguna ayuda, y que vuestras pretensiones de elegancia le son inútiles, por no decir perjudiciales.

— ¿ La moza de mesón, entonces ?

— No exageremos.

— Oiga usted, Valentín; ¿sabe usted el efecto que me hace con su entusiasmo por las pantorrillas llenas de cascarrías que pasan por la calle del Cuatro de Septiembre y por la calle de la Paz á las seis de la tarde? El de un estragado que busca sensaciones originales... Hace un momento nos hablaba usted de las frutas pasadas; desconfíe usted de las verdes.

— Es muy peligroso ese gusto. Su resultado más frecuente es el *chantage*; hay que huir como de la peste...

— ¡Bah! Pero señores, ¿á dónde diablos van ustedes á parar? ¿Por qué no me hablan ya de la policía correccional?

— Porque en la posición de usted no se va á ella. Se paga y se acabó.

— Si no se da con una familia de buenas personas de las que no juegan en cuestión de costumbres y os rompen la cabeza para enseñaros á no perseguir muchachas.

— ¡Oh! Ya tenemos aquí la historia del general... El asesinato en la cueva de la casita de Chatillon... ¡Tienen ustedes una imaginación!

— Pero, qué, querido ¿va usted á negar los peligros de los amores de contrabando? Los periódicos están llenos de accidentes que parecen inexplicables. Una mañana se encuentra en el Sena el cadáver de un hombre elegante y joven, con las

manos atadas y un balazo en la cabeza. Se sabe que es el señor X ó Z... Pero ¿quién le ha echado por el puente abajo después de romperle la aristocrática cabeza? Allí tiene usted á Forcinier, que ha sido fiscal; pregúntele usted si se descubre, siquiera, la cuarta parte de los autores de los crímenes cometidos. Dirá que no. Para ser cogido es preciso obrar con completa torpeza ó encontrar un conjunto de circunstancias excepcionales. La policía es tan insuficiente...

— Y además no se ocupa más que de los anarquistas.

— Y eso muy mal.

— Bien saben ustedes que el Gobierno paraliza su acción y que tiene orden de no comprometer nada...

— ¡Vaya una novedad! Siempre ha ocurrido lo mismo. En tiempo de la monarquía había con frecuencia dos ó tres policías que se contrarrestaban la una á la otra y pasaban el tiempo en tratar de cogerse en falta recíprocamente... Entonces, los escapados de presidio llegaban á generales en la Guardia Real...

La conversación, completamente descarrilada, siguió versando sobre lugares comunes sin importancia á los que Valentín no prestó más que una vaga atención. Pero de aquella discusión sobre los refinamientos exteriores y sobre la calidad de las

sensaciones, sobrenadó en su espíritu la idea de que la muchachuela de la calle de Ramey no sería, acaso, una conquista ordinaria y vulgar y de que habría en la aventura el atractivo de lo imprevisto. Se prometió, pues, enviar á la joven la más hábil de las corredoras de galantería.

Á la misma hora en que Valentín, con el más desenfadado cinismo proseguía su camino de placeres, la condesa de Coutras, en su orgullosa probidad, reflexionaba sobre las observaciones que le había hecho la señora Mossler y se preguntaba si no hacía mal recibiendo familiarmente al coronel Redel. Tenía ya dudas y la seguridad de su espíritu estaba turbada. Hasta que se le habían señalado los inconvenientes de la intimidad con el nuevo amigo, jamás había pensado que nadie pudiera juzgarla reprehensible. Una vez advertida, estaba menos segura de la completa inocencia de sus relaciones con Redel. Por reservado que sea un hombre, es difícil que la mujer no sorprenda los sentimientos que ha inspirado. El amor se manifiesta de tan distintos modos, y todos tan claros, que el extremado respeto es tan expresivo como la más apasionada osadía.

La adoración muda de Redel se hacía comprender como la más locuaz ternura. Enriqueta le veía, pues, enteramente enamorado, pero no se cuidaba de ello; todos sus contertulios de los sábados lo

estaban ó lo habían estado, pero nunca la cosa había tenido consecuencias. La condesa los había curado con tazas de té y buenas palabras y, poco á poco, una sólida amistad había sucedido á sus inútiles ardores. Todos participaban de la misma suerte y vivían en buena inteligencia. En cuanto á Redel, era diferente, porque jamás había pedido nada. Se contentaba con vivir dentro de la aureola de la mujer amada; le bastaba verla, oírla. No era posible por tanto ofrecerle compensaciones, pues no había ocasión de rehusarle nada.

Desde el momento en que la señora Mossler llamó su atención sobre este asunto delicado, Enriqueta le atribuyó una grande importancia, y para una mujer tan inteligente como ella, estudiar una cuestión equivalía á querer resolverla. Pero aquí estaba la dificultad. ¿Qué resolución tomar y cómo motivarla? Enriqueta había dicho con toda la sinceridad de su alma que no consideraba peligroso á Redel y que se sentía segura de sí misma y de él. Pero no era sola; existían sus amigos, el mundo, su marido...

Era evidente que Valentín, con un interés cualquiera, había hecho confidencias á su madre; podía en adelante insistir y resultar de ello muchas contrariedades para ella y para la señora Mossler, y un peligro serio, acaso, y seguramente una gran amargura para Redel. Para el espíritu

firme de Enriqueta todo asunto claro era sencillo. No temía la discusión, por espinosa que fuera, segura de salir de ella honrosamente puesto que no quería nada que no fuese honroso y bueno; su único cuidado era el de no disgustar á Redel. Hubiera consentido en sufrir el doble ella misma con tal de que el caballeresco soldado no sufriese.

Las reuniones de los sábados seguían su curso. Sus concurrentes se habían vuelto á reunir con gusto y era raro que no se encontrasen además dos ó tres veces á la semana en casas amigas, bien fuera en la de Clement, bien en la de la señora Mossler, y en las exposiciones, en las ventas de caridad, en las representaciones artísticas. El cenáculo era muy conocido en París y se hablaba de él en los periódicos con gran cortesía.

Una mañana, sin embargo, un periódico de gran circulación publicó entre sus noticias estas líneas de apariencia inofensiva, pero pérfidas en realidad :

« Un salón de luto. — Se dice que el coronel Redel ha sido designado para el importante cargo de jefe de Estado mayor del cuerpo de ocupación del Tonkin. La elección no ha podido ser más acertada, pero ¡cuánta pena va á causar la partida del brillante oficial en el gran mundo parisiense! »

El mismo día, á las seis, se presentó Redel en casa de la condesa, que recibía generalmente á sus íntimos á la caída de la tarde. Introducido en el

saloncillo que la señora de Coutras ocupaba con preferencia, encontró sola á su amiga, que leía al lado de la alta chimenea de piedra esculpida, en cuyo frente figuraba el retrato del conde de Coutras hecho por Felipe de Champaigne. El ancho mirador que daba á la avenida de Friedland estaba cubierto con una persiana roja. La alfombra ensordecía el ruido de los pasos. Los tapices que mostraban en las paredes sus escenas de caza, las maderas de roble barnizado, el techo, pintado á imitación de Berain, absorbían la luz de las lámparas y daban á la vasta pieza un recogimiento íntimo. Enriqueta, al ver entrar al coronel, le ofreció la mano, que él besó, y le dijo, indicándole un sillón :

— Siéntese usted ahí... Es usted muy misterioso, realmente, y tengo una queja contra usted. ¿Cómo es que, viéndole casi todos los días, sé por los periódicos las noticias importantes que se le refieren?

Redel enrojeció como un niño cogido en falta; miró á la condesa con cierto embarazo y dijo después con voz algo alterada :

— ¡Ah! ¿Se refiere usted á esa estúpida indiscreción?...

— Sin duda. ¿No es, acaso, exacta la noticia?

— Lo es y no lo es.

— ¿Cómo?

— Se me ha ofrecido, en efecto, ese cargo, pero yo no le he aceptado.

La condesa levantó la cabeza y dijo, mirando fijamente á Redel:

— ¿Por qué?

— He hecho ya la campaña en el Tonkín cuando había allí que batirse. Hoy, es una verdad oficial que la pacificación se ha realizado; nada hay, pues, que hacer en la colonia. Que se pelee ó que no se pelee, está convenido de antemano que no habrá acciones de guerra ni, por tanto, servicios que hacer ni hechos brillantes que realizar. El Tonkín resulta, en tales condiciones, una guarnición como otra cualquiera, aunque más lejana, menos sana y más fastidiosa que las demás. No he querido, pues, marcharme.

Enriqueta continuó con la vista fija en el coronel, que bajaba los ojos.

— ¿Es esa la única razón?

Redel, que no sabía mentir, respondió, sin embargo, sí, pero esa afirmación salió trabajosamente de sus labios.

— Me habían hablado de un coronel Redel, prosiguió la condesa, que sólo se complacía en las aventuras lejanas, qué respiraba mal en las ciudades y que no se consideraba verdaderamente dichoso sino en los vastos espacios. Ese coronel está muy cambiado.

Redel respondió con voz temblorosa:

— Es que ha envejecido. La civilización le ha recobrado y encuentra ahora dulzuras en la existencia que antes desdeñaba. Ha contraído amistades que le sería penoso romper y, en fin, tiene su madre que es vieja, á la que puede perder de un momento á otro y que no quiere dejarle marchar sin que la cierre los ojos.

La condesa se calló y con su hermosa cabeza inclinada sobre el pecho, se absorbió en una seria meditación. Al cabo de un instante, suspiró y dijo:

— Mi querido amigo, va usted á ponerme en gran apuro, pues ¿qué responder á los argumentos que acaba usted de hacerme? No podría hacerlo más que con razones inspiradas en mi egoísmo y nunca podré resolverme á esto. ¡Ah! Sin embargo, si usted partiera, todo estaría arreglado.

El coronel hizo un brusco movimiento.

— ¿Mi presencia, dijo, produce á usted alguna pena?

— Amigo Redel, hay espíritus perversos que ven el mal en todo y están dispuestos á vituperar las acciones más inocentes, y otros espíritus débiles, siempre dispuestos á creerles. De la alianza de esa perversidad y de esa debilidad nace la calumnia, que no respeta ni á los hombres leales ni á las mujeres honradas...

La cara marcial de Redel tomó una expresión terrible, y con calma más amenazadora que la cólera:

— Á la calumnia se la aplasta, dijo. Basta mirar frente á frente á los malvados para hacerles retroceder. Y si alguien se permitiera...

La condesa levantó la mano y dijo, interrumpiendo al conde:

— ¡Bah! ¡Ya le tenemos á usted en plena guerra! El paladín no estaba tan cambiado como usted pretendía hace un momento; ha bastado mostrarle los molinos de viento para que embista contra ellos lanza en ristre... ¿Á quién quiere usted partir en dos? ¿Á mi suegra, que me ha hecho, muy recientemente, observaciones acerca de su asiduidad para conmigo? ¿Á mi marido, que, un día de mala fortuna en el círculo, puede haber expresado su mal humor criticando nuestra buena amistad?... ¿Al mundo, — es decir, todos y nadie, — que no puede ver un hombre cerca de una mujer sin sospechar que existe entre ellos alguna vergonzosa intriga? No, querido coronel; no se combate fácilmente á los seres vagos, inconsistentes, anónimos, que forman lo que se llama la opinión. Aisladamente, no son nada; en conjunto, son una masa invencible. Hay que contar con ellos, no hacerles frente y, sobre todo, no afectar desdén hacia sus sentencias, porque esto es lo que menos perdonan.

Redel permaneció silencioso y haciendo un visible esfuerzo para recobrar la posesión de sí mismo, pero los estremecimientos de sus músculos le convulsionaban el semblante como un huracán agita un lago. Dos lágrimas brotaron de sus ojos para secarse al instante al calor de las mejillas. No se atrevió á decir palabra, por temor de descubrirse, pero acaso no hubiera podido hablar, tan grande era su emoción. Durante algunos segundos ofreció á Enriqueta, desolada, el espectáculo de una verdadera agonía moral.

Quedó aterrada al penetrar bruscamente en aquel alma hasta entonces cerrada y cuyas profundidades podía sondar en aquel momento, y sintió un dolor imprevisto, una compasión no sospechada. Al fuego de aquella pasión sincera, se estremeció dentro de ella la mujer que nunca había amado. Dejó de ver á Redel bajo su aspecto acostumbrado y le pareció, de repente, que era otro hombre y que se manifestaba con otra fisonomía, con otro aire, con otros sentimientos. Después de haber permanecido sola con él con tanta frecuencia, en el espacio de algunos meses, sin más inquietud que si se hubiese tratado de un hermano, se sintió entonces turbada y llena de emoción. Hubiera sido ya incapaz de disertar sobre la opinión ni de analizar la sociedad, y sentía más deseos de pedir perdón á Redel por haberle alligido

que de explicarle por qué era necesario que sufriese su aflicción. Le miró con una dulzura que jamás había asomado á sus ojos y sin duda resultó así mucho más bella ó mucho menos imponente, porque el coronel recobró en seguida el uso de la palabra y dijo bastante inteligiblemente :

— Jamás tendrá usted, señora, servidor más fiel que yo. Créame usted ; daría sin vacilar mi vida, por evitarla un disgusto. Me acusa usted por no haber querido partir ; pues bien, voy á solicitar un puesto que me alejará para mucho tiempo. Sacrificaré todas mis alegrías á su tranquilidad, dichoso por haber podido ofrecerla esta prueba de adhesión.

Ante aquella declaración tan franca, en el pensamiento de la joven surgieron la doblez y el egoísmo de Valentín y se produjo una terrible comparación entre aquellos dos hombres. El sentimiento de la desproporción entre la sentencia que había notificado á Redel y las causas que la habían producido se apoderó de ella repentinamente y creyó absurdo y monstruoso ser tan dura para quien tan poco lo había merecido. Una extraña y tierna parcialidad se manifestó en ella hacia el *generoso soldado*, pero, demasiado inteligente para no darse cuenta de su cambio, eso mismo la hizo juzgar más necesario que nunca el alejamiento de Redel. No quiso, sin embargo, dejar sangrar la

herida que acababa de producir y se esforzó en seguida por curarla delicadamente.

— Me ha comprendido usted mal, dijo, ó más bien ha exagerado usted mi pensamiento. No se trata de que usted se destierre ni, siquiera, de que deje usted de visitarme. Extremar las cosas sería también dar materia á la maledicencia. ¿ Quiere usted que se diga : « El coronel Redel no va ya á casa de la señora de Coutras : deben estar regañados ? » No ; es preciso ser para conmigo como todos los demás amigos, no distinguirse de ellos por ninguna exageración de sentimientos, ser razonable y juicioso. Mediante estas concesiones al qué dirán, nada habrá reprehensible en nuestra amistad y el día en que, naturalmente, el ministro le ofrezca un puesto ventajoso, usted lo acepta y asunto terminado. Hasta entonces nada debe cambiar.

— Sí, replicó Redel con tristeza ; todo cambiará. Entre nosotros el velo está ya desgarrado y no podré vivir ante sus ojos en el misterio de mis sentimientos. ¡ Era tan dulce para mí no pensar más que en usted, sin decirle nada, y referirlo todo á usted, que era el único interés de mi existencia ! El carácter anónimo de mi ternura era una garantía para mi tranquilidad. Yo pensaba : Jamás la confesaré que la amo, pero la amaré á mis anchas, oscuramente, y nadie podrá impedir-

melo. Parece que ni esta dicha me era permitida puesto que los demás me la prohíben y la violentan brutalmente al revelarla... Doy á usted mil gracias, señora, por haber tenido el valor de sobreponerse á esas críticas y á esas acusaciones ofreciéndome el quedarme, pero eso ya no es posible. Venir á su casa rodeado de miradas hostiles, sentirme espiado inicuamente, sería un suplicio intolerable para mí y usted no querrá imponérmele.

Enriqueta se quedó callada, pensando en aquel rápido cambio de la situación que la impulsaba á retener á Redel cuando él no quería quedarse. Su corazón palpitó vivamente al verse tan respetada por el que la amaba, por aquel hombre que al declararla su ternura no sospechaba que ella pudiera pagársela, juzgándola hasta ese punto incapaz de una falta. Inteligencia selecta, al dominar á la materia, no sin algún despecho, sintió la alegría de encontrar un alma pura, digna de la suya, y se encontró dichosa como no recordaba haberlo sido jamás. Todo la separaba, si embargo, de Redel y no le apreciaba plenamente más que en el momento de perderle. Su propio orgullo y su sinceridad se lo aconsejaban, pues en la confianza de las relaciones cotidianas aquel amor hubiera resultado vulgar, mientras que agrandado por el alejamiento tomaría un raro valor.

— Sea, dijo; parta usted, pero hasta entonces

no me abandone. Demasiado le echaré de menos para querer que adelante usted el instante de separarnos.

Redel palideció á estas palabras; saboreó toda su dulzura y dijo con profunda melancolía :

— Es usted muy buena. En vez de castigarme por haber dicho lo que hubiera debido ocultar, trata usted de consolar mi pena. Tiene usted razón porque es muy grande. Hasta ahora había yo vivido solamente para mi carrera, sin incertidumbres y viendo claramente el objeto que me guiaba. Hoy, todo es turbación en mi pensamiento. Todo lo dudo y todo lo confundo. Hasta la noción de mis deberes se ha debilitado. Me siento capaz de concesiones que, antes, por nada del mundo hubiera hecho. Mi corazón está muerto de tristeza.

— Está usted en un momento de abandono que no durará, dijo Enriqueta. Usted recobrará su valor y la firmeza de su espíritu. Los hombres como usted no se dejan desanimar por mucho tiempo; la voluntad, su cualidad dominante, viene á su socorro en el momento en que la necesitan y les hace sobreponerse á todos los obstáculos. Con frecuencia me he echado en cara, desde que usted me visita, haber contribuído á retenerle en la inacción. Usted no es á propósito para nuestras pequeñas intrigas sociales, porque vale usted más que aquellos con quienes tendría que luchar. Lo

que ha sucedido no es cosa nueva. Yo tengo por usted una sincera amistad que nunca será desmentida. Si usted, por su parte, ha forzado un poco la dosis de simpatía permitida, confiese que jamás le he estimulado con mi coquetería. No le acuso por ello, sin embargo, porque un homenaje, aun siendo excesivo, que viene de usted, tiene siempre su precio para una mujer que sabe lo que vale el sentimiento. Deme usted, pues, la mano; míreme de frente, y dígame que me perdona la pequeña herida que me he visto obligada á producirle.

Redel levantó la frente, dió á la condesa una mano que temblaba demasiado para ser la de un soldado, y, sin atreverse casi á mirarla, balbuceó algunas vagas palabras y se pronunció en una retirada que no se pareció á las que para gloria suya había operado ante el enemigo.

## VII

Una tarde á eso de las seis, salía Eliphas de una casa de la calle del Cuatro de Septiembre, de visitar por sí mismo á una familia de pobres vergonzantes que la señora Mossler le había recomendado, cuando vió que una obrera encantadora que iba delante de él, subía vivamente en un coche de casino que estaba parado en la esquina de la calle de Luis el Grande. Miró maquinalmente al interior del coche y vió con estupefacción al conde de Coutras que estrechaba la mano de la joven. En el mismo momento, el cochero fustigó al caballo y el coche se alejó en dirección de la Bolsa.

Encontrar á Valentín corriendo aventuras no era para asombrar extraordinariamente al señor Eliphas. Pero sorprenderle con aquella chicuela de tan ínfima condición, era una novedad. Hasta entonces no le había conocido más que querida